

Revista *Unidos*  
Año 4, Nº11/12,  
Octubre de 1986

# El peronismo, una revolución inconclusa

Por Norberto Ivancich

*Una revolución inconclusa necesita reexaminar su presente, situar sus contradicciones y comenzar a orientarse en los vaivenes de la crisis. ¿Será la renovación peronista capaz de sintetizar tales desafíos?*

Rescato como actitud revolucionaria aquella que se plantea cuando "el hombre se ha propuesto organizar la realidad de acuerdo con las exigencias de su libre pensamiento (...) en lugar de acomodar simplemente su pensamiento al orden existente y a los valores dominantes."<sup>1</sup>

Es obvio que el peronismo asumió esa actitud durante la conducción de Perón, ya que ésta significó siempre una intención de modificar la realidad dada e impulsar una nueva ética social. Asumiendo también elementos vinculados a un nuevo orden; por lo tanto tratando de indicar desde el Estado, legitimado por la soberanía popular, la forma de participación política (período 1946-55 y 1973-74). Esta "conciencia exterior" a la estructura administrativa del peronismo interpretada, desarrollada (o viceversa ya que Perón no era respetuoso de la lógica quedantista del común) y también dejaba pagando a muchos peronistas, pero siempre en los marcos de las políticas existentes en el interior del Movimiento, que existió en tanto su conductor sumara más votos que los intermediarios con el Pueblo. Estas iniciativas Perón las utilizó sistemáticamente durante y alejado del ejercicio del poder. Esta desmesura se acompañaba con la fijación de metas vinculadas a objetivos incuestionables (ejemplo la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación) que se acompañaban de *realizaciones concretas*, por lo tanto la hacían creíble, sobre todo si las experiencias gubernamentales previas eran claramente malas y la oposición política con la cual confrontaba era mediocre, repetitiva o poco creíble.

Su concepción del orden la hacía "posible" y su desmesura la hacía entusiasmante por la característica de epopeya y utopía realizándose.

Si a esto le sumamos la identificación de enemigos y la invocación al cambio, encontramos las bases de una "ambigüedad convocante" que alimentó determinadas concepciones erróneas

sobre el carácter de la transformación llevada a cabo. Si se privilegiaba el orden se entendía al peronismo como una valla contra el comunismo (Isabel y López Rega entre muchos). Si se rescataba la desmesura y la base social históricamente leal, se pensaba en un peronismo "libertario", acentuado esto por los 18 años de proscripción y por una particular selección de los hilos conductores del período.

Acá llegamos a las distintas concepciones que tenemos los peronistas sobre nuestra propia historia, y por lo tanto a la existencia de distintas concepciones sobre el poder y para qué ejercerlo. Por lo tanto tenemos distintas ideologías pero la misma pertenencia al peronismo. Diferencias que a la sociedad argentina el interesan cada vez menos cómo se salvan, pero que es fundamental para la supervivencia digna del peronismo y que afecta principalmente a los peronistas.

## Los proyectos no dan poder

El peronismo como totalidad ha perdido la capacidad de constituirse en alternativa política. No ha constituido conducción que delimite el contenido de la política, es decir, que establezca una homogeneidad ideológica para ser creíble (ya sea como fuerza nacional popular o golpista conservadora, obviamente con distinta fuerza electoral) y evite la heterogeneidad de planteos que superen las características de "líneas internas" y se conviertan más en coexistencia de enemigos irreconciliables. El único marco para esto es la construcción de un partido que subordine y/o excluya a determinados componentes internos actuales. La confrontación interna aparece como el mecanismo que posibilita esta homogeneización, pero que presenta innumerables problemas por ser una situación novedosa y los tics ritualistas son demasiado profundos y limitantes.